

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Pitcher, George: *Berkeley*. London: Routledge & Kegan Paul, 1977, xi + 277 pp.

El libro de Pitcher que aquí reseñamos se encuentra incluido en la excelente colección de estudios monográficos que edita Ted Hondrich y que lleva por nombre *The Arguments of the Philosophers*. La serie tiene ya varios títulos publicados; además del presente incluye, entre otros, estudios sobre Platón, Descartes, Hume y Wittgenstein.

El estudio que aquí nos ocupa, es preciso decirlo desde un principio, es una *magnífica y brillante* muestra de análisis filosófico; pertinente es señalar aquí, también, que pronto tendremos a la mano una traducción del presente libro para beneficio de los lectores de lengua hispana.

Pitcher, en su libro, realiza, con imaginación e inteligencia, un análisis profundo y detallado de las tesis de uno de los filósofos modernos más lúcidos, discutidos y mal entendidos: George Berkeley. Hay un punto, sin embargo, que me hubiera gustado ver tratado en el libro de Pitcher: la forma como la tesis inmaterialista de Berkeley influye en su concepción acerca de lo que sea la matemática y de cuál sea el objeto de estudio propio de la geometría. De lo único que nos informa Pitcher es que *The Analyst* de Berkeley "... produjo una conmoción en los círculos matemáticos; hubo ataques contra Berkeley y sus propios contraataques. Si no logró nada más, Berkeley obligó a los matemáticos a reexaminar los fundamentos de su trabajo para asegurarse de que no hubiese contradicciones acechando por ahí" (p. 2). Una vez señalado esto, paso a hacer una rápida revisión de este libro.

El trabajo de Pitcher tiene, como su punto de partida, la tesis de Berkeley, contenida en su *Teoría de la visión*, acerca de nuestra percepción visual de la distancia. La tesis, tal como Berkeley la formula en el libro mencionado, es:

Creo que todo mundo concuerda con que

- (A) la distancia, por sí misma y de manera inmediata, no puede verse.
- (B) Pues siendo la distancia una línea que longitudinalmente se dirige al ojo, proyecta tan sólo un punto en el fondo del ojo, punto que invariablemente permanece el mismo, sea la distancia más larga o más corta (NTV, 2).

La tesis, como está aquí formulada, no es, ciertamente, muy clara. Pitcher introduce la distinción de puntos (A) y (B) que subraya el hecho de que (B) se propone como defensa de (A) o como una tesis de la que se deriva (A) y se dedica, en el resto del capítulo, a intentar desentrañar el significado de la tesis berkeleyana.

El alegato de Pitcher consiste en proponer varias formas de interpretar tal afirmación, de considerar cuál o cuáles de ellas se adecúan más a la intención de Berkeley y cuál o cuáles lecturas de Berkeley no son pertinentes. La discusión de estos puntos permite al lector adquirir una idea más clara y precisa de cuál pueda ser el significado y alcance de la tesis berkeleyana, y todo el capítulo es una muestra de cómo efectuar un análisis minucioso y fructífero de una tesis filosófica.

La tesis de Berkeley que ahora consideramos, está enmarcada dentro de una tesis más amplia que él mismo modificara más adelante y que, según dejó asentado en sus *Philosophical Commentaries*, y luego repite en sus *Principios*, era una tesis provisional: que los objetos del mundo sensible existen, en tanto que objetos *visibles*, en nuestras mentes y, en tanto que objetos *tangibles*, en el mundo exterior o ajenos a nuestras mentes. La tesis de Berkeley acerca de la distancia, entonces, es que ésta es una idea que adquirimos mediatamente, *a través del tacto*, y no es una que sea inmediatamente obtenible mediante la sola visión de los objetos. ¿Qué es una idea que se adquiere de una manera mediate y no inmediata? Pitcher propone diferentes maneras de entender esta mediatez en la percepción. Los detalles de la discusión y las agudas observaciones que surgen a lo largo de ella no permiten, sin embargo, reproducirlos en el espacio de esta nota. El resultado de la discusión es que Berkeley sostiene que la de distancia es una idea inferida: cuando decimos que "vemos" que algo está a alguna distancia de nosotros, lo que *realmente* estamos diciendo, conforme a Berkeley, es que si diéramos tantos y cuantos pasos obtendríamos determinadas sensaciones táctiles; así pues, es el tacto, junto con los movimientos corpóreos (cinestesia), lo que nos lleva a formar la idea de distancia que *no* es una que podamos *ver*, no es algo dado a nuestra percepción visual.

Si bien lo anterior explica la tesis (A) de Berkeley, sin embargo, no muestra que la misma sea verdadera. Para lograr esto, dentro del sistema de Berkeley, habrá que mostrar que (B) es verdadera (en tanto que (B) se presenta como apoyo de (A); en caso de que (B) no fuera verdadera es claro que, *con esto*, no se habría demostrado que (A) sea falsa, sino sólo que (B) no es un apoyo adecuado de ella) y hacer esto implica, también, una previa labor de análisis y esclarecimiento del texto mismo. ¿Es la distancia una línea? Para darle algún significado inteligible a la tesis (B), Pitcher la inter-

preta en el sentido de afirmar que la línea en cuestión puede entenderse como un rayo de luz que proviene del objeto y que la misma presentación visual se obtendría, desde diferentes distancias, por un rayo de luz que se originara desde él. En caso de ser éste el sentido en el que pueda tomarse la tesis (B) de Berkeley, queda aún por averiguar si la misma es verdadera o no.

La discusión que hace Pitcher acerca de esto, consiste en mostrar que la tesis de Berkeley no toma en consideración una visión *binocular* de los objetos y que, una vez que ésta se introduce, entonces habrá que señalar que sí hay diferencias por lo que toca a nuestra percepción visual de los objetos situados a cierta distancia de nosotros. Pitcher, una vez que cree haber mostrado que (B) no es defendible, obtiene la conclusión adecuada acerca de (A): quedamos con la duda acerca de si es verdadera o no. Por otra parte, el mismo Pitcher señala lo acertadas que son muchas de las observaciones de Berkeley acerca de la forma como adquirimos nuestra idea de distancia, para acabar señalando:

Irónicamente, son los conductistas, a los que Berkeley hubiera considerado como sus archienemigos, los que han subrayado la importancia de los movimientos corpóreos al aprender a percibir visualmente la distancia (y otras propiedades espaciales, p.ej. forma, verticalidad, etc.) (p. 23).

La conclusión a la que llega Pitcher en este capítulo es la de que Berkeley podía haber abandonado la tesis (A) sin poner en entredicho el principio capital que se expresa en los *Principios* de que todas nuestras ideas tienen sólo existencia en nuestra mente, pero señala:

... rechazar (A) es una posibilidad que nunca se le ocurrió a Berkeley, y quizás no podía habersele ocurrido, dado que la formulación de las alternativas empiristas plausibles con respecto a (A) requeriría un conocimiento de la fisiología del ojo y del cerebro del que no disponía (p. 24).

En el siguiente capítulo, Pitcher sigue discutiendo tesis de la *Teoría de la visión* de Berkeley; en especial, la percepción visual de la magnitud donde Berkeley, también, da prioridad al tacto sobre la vista y, finalmente, en el siguiente capítulo, se presenta la doctrina general de la heterogeneidad de los objetos tangibles y visibles, a la que hemos aludido ya.

Como recordará el lector, una de las tesis de percepción sensorial central en Locke (tesis que ya se encontraba en Aristóteles) y que

es la que, en general, nos parece más natural aceptar en nuestro trato cotidiano con el mundo, es que los objetos físicos tienen una serie de propiedades que percibimos tanto con la vista como con el tacto. Habría que subrayar aquí que en Locke, como ahora hemos visto que sucede en Berkeley (cuando menos hasta este momento en que se discuten sus tesis de la *Teoría*), el tacto o una propiedad eminentemente táctil, como la dureza, es la que de mejor manera nos pone en contacto con el mundo físico externo. Cabría afirmar incluso que para Locke las ideas visuales son producidas por la dureza de las partículas insensibles que chocan contra las terminaciones nerviosas adecuadas. Pero volvamos a nuestro tema. Pues bien, en contra de la tesis de Locke de la comunidad de cualidades sensibles percibidas por dos sentidos, Berkeley defiende la completa heterogeneidad de los objetos percibidos por diversos sentidos. No hay dos sentidos diferentes mediante los cuales podamos percibir *una y la misma* propiedad de un objeto. Pero lo que es aún más paradójico, con respecto a nuestras creencias ordinarias, es la tesis de Berkeley de que incluso por la vista, p.ej., las ideas cambiantes que tenemos de (lo que ordinariamente llamaríamos) *un* objeto, son ideas numéricamente diferentes que nos presentan objetos diferentes, sin que haya nada que les dé unidad. Esta es una tesis que ciertamente va en contra de lo que normalmente pensamos acerca de cómo percibimos los objetos del mundo sensible. Va en contra de nuestras creencias de sentido común. Acerca de esto diremos algo más en lo que sigue. Por lo pronto continuamos con nuestra rápida revisión del libro de Pitcher.

Una vez llegados al punto anterior, tenemos a la mano los elementos básicos del sistema berkeleyano de la *Teoría* y Pitcher pasa, entonces, a considerar las tesis más elaboradas de los *Principios*.

La doctrina de las ideas abstractas lockeana que Berkeley ataca en la "Introducción" a los *Principios del conocimiento humano*, Pitcher la defiende hábilmente y muestra que el ataque berkeleyano sólo toca una posible versión de la teoría que propone Locke y que ésta podría formularse de manera tal que el cargo de inconsistencia que Berkeley le lanza quedara sin tener un blanco adecuado. Lo que tiene un interés mayor en la discusión que Berkeley presenta en la "Introducción" a los *Principios*, en donde se encuentra su ataque a las ideas abstractas, es su explicación de la relación palabra-mundo. Para Locke, tal relación era indirecta, a través de una idea abstracta, si la palabra de la que se trataba era un término general. Berkeley, al rechazar las ideas abstractas, tiene que *a)* encontrar otro mediador que explique la relación, o bien, *b)* mantener que no hay mediador y que las palabras se aplican directamente a sus referentes. La discusión de Pitcher de estos puntos, nos presenta a Berkeley

manteniendo la tesis b) en la "Primera redacción de la introducción de los *Principios*" y, según concluye Pitcher, es esta misma tesis la que Berkeley sigue manteniendo en la versión publicada de los *Principios*. Berkeley, en la "Introducción" señala la posibilidad de dar una interpretación instrumentalista del lenguaje, esto es, una versión en la que el lenguaje se ve como un instrumento ideado por los seres humanos para aplicarse a diversos usos prácticos: comunicar ideas, despertar emociones, provocar la ejecución de diversas acciones, etc. Berkeley se acerca mucho a dar una versión del significado de las palabras en términos de *saber cómo usarlas* y, según lo señala Pitcher (p. 88), esto le hubiera permitido explicar la conexión entre las palabras y sus referentes. No es éste el caso, sin embargo. Pitcher considera, asimismo, la tesis de Berkeley acerca de cómo se hacen generales las ideas (imágenes particulares), lo que, según él, daría una explicación, también, de la generalidad de las palabras, y esto se logra, según Berkeley, haciéndolas que *representen* a cualquier particular del mismo tipo. Esta tesis, sin embargo, tiene también sus problemas y, así, Pitcher concluye:

Él [Berkeley] no ve necesidad alguna de que algo, idea o no idea, sirva como eslabón que relacione los términos generales y sus referentes; conforme a él, los términos generales simplemente denotan directamente sus referentes. Lamento que Berkeley siga este camino, pues, como he intentado mostrar, se requiere de alguna explicación, de algún análisis de la relación que liga un término general exactamente a los particulares que denota (esto es, a sus referentes). Cuando menos, acerca de esto me parece que es superior, a la de Berkeley, la tesis de los teóricos de las ideas abstractas como Locke, pues sean cuales sean las imperfecciones de su doctrina, vieron el problema, al menos, y propusieron una solución para el mismo, en tanto que Berkeley, aparentemente, ni siquiera lo vio (p. 90).

El libro prosigue tocando temas clásicos de la filosofía de Berkeley, discutiéndolos siempre con gran detalle e iluminando tesis berkeleyanas que, vistas a la luz del análisis que Pitcher hace de las mismas, resultan sumamente ilustrativas y estimulantes. Las tesis de Berkeley que se discuten, además de las que hemos señalado, vistas muchas de ellas contra el trasfondo de las de Locke, son: el ataque a la materia lockeana, las ideas de los sentidos, la relación de las tesis de Berkeley con el sentido común, la existencia de objetos no percibidos, la tesis de Berkeley sobre la mente y, finalmente, su doctrina de obediencia pasiva.

Ciertamente, uno de los mayores problemas que ha tenido Berke-

ley para ser juzgado de manera imparcial es que muchas de sus tesis entran en conflicto con nuestras más sólidas convicciones acerca del mundo y de nosotros mismos. Lo importante de estas conmociones es que las mismas pueden empujarnos a analizar cuáles y cuántas de nuestras convicciones, son sólo prejuicios profundamente enraizados en nosotros, o bien, a buscar los argumentos más adecuados para respaldar nuestras convicciones más racionales. En el capítulo dedicado a analizar las relaciones entre las tesis de Berkeley y el sentido común, Pitcher muestra, en muchas ocasiones, cómo podríamos interpretar a Berkeley para hacer que sus tesis no parezcan alejarse tanto de nuestras concepciones comunes. Hay casos, ciertamente, en los que esto es sumamente difícil de lograr, como el ejemplo al que hemos aludido anteriormente de la heterogeneidad de los objetos de los sentidos. Pero, de cualquier manera, la posición de Berkeley viene a mostrarnos que puede haber maneras muy diferentes a las que nos parecen "normales" de entender el mundo, y esto puede proporcionarnos una forma más abierta y comprensiva de entender la realidad.

Aun cuando en muchos casos las conclusiones que Pitcher emite acerca de las tesis de Berkeley puedan ser negativas, lo que sigue teniendo valor en la filosofía del que fuera Obispo de Cloyne es la frescura de sus argumentos y el gran ingenio que muestran la mayoría de ellos. Estos puntos Pitcher los pone de manifiesto a lo largo de toda su discusión y nos presenta a un Berkeley profundo, lúcido y cabalmente honesto intelectualmente. Pitcher concluye su libro con las siguientes palabras:

La inquebrantable confianza de Berkeley en que sus principios eran verdaderos y sus argumentos correctos, aun cuando condujeran a rudas violaciones del sentido común, nos lo muestra como un hombre con el tipo más elevado de integridad intelectual e, incluso, de valor; pero, claro está, a la mayoría de sus lectores este mismo rasgo puede parecerles, más bien, arrogancia intelectual y estarán inclinados a considerarlo de esta manera, puesto que se sienten profundamente amenazados cuando se atacan sus convicciones más profundas acerca del mundo. Así que, mientras que el sistema metafísico de Berkeley nunca deja de impresionar y de excitar, es también profundamente perturbador para la mayoría de las personas. Ciertamente, hay unos cuantos que pueden aceptarlo como suyo (p. 254).

J. A. ROBLES